

Victoria Aguilera

HACER DE LA NOCHE DÍA

Santiago, Ed. Cuarto Propio, 1989

(Segundo cuaderno colección "Mujer y Límites") 27 pp.

Este libro aparece representando por el momento a un vasto sector de nuestras letras, en muchos aspectos subterráneo y apartado todavía, la literatura poblacional y, en un espacio mayor, al arte que se hace en estos lugares, donde quizás aquélla y éste se encuentran como en su casa, puesto que allí la vida se les mezcla y traspasa a un punto impensable para otros. En las poblaciones, como en todo sitio donde el ser humano habita la pobreza, el arte que le nace tiene que ver necesariamente con esa condición, con la lucha y supervivencia, con el reclamo y la dignidad. Con los tiempos de la oscuridad y el amor a la luz.

Por ahora Victoria Aguilera, mientras no se abran más las puertas, es una de las pocas voces de tan especial e interesante literatura. Una voz de mujer que nos trae en su historia íntima la de aquellos que la acompañan, la de los suyos y a la cual se le ha —le hemos—, queriéndolo o no, faltado increíblemente el respeto; que nos trae por respuesta el canto. Respóndasele, entonces, cantando.

El libro viene con una introducción ("La batalla cultural poblacional", pp. 2 y 3), firmada por Diamela Eltit y Lotty Rosenfeld, en la que se entregan datos acerca del contexto sociocultural que establece el marco de producción de este arte y de esta poesía, que nos sitúa en medio de la "extrema soledad en que los artistas pobladores crean y llevan a cabo sus actividades". Y además queda explicada la medida impactante del papel que cumple: "El arte poblacional, en sus diversas manifestaciones, representa un ejemplo de resistencia cultural, al tejer y mantener la vigencia de un universo simbólico denunciador de las condiciones reales del habitar de millones de chilenos acosados por la cesantía y la violencia de una encarnizada periferia". También se señala, a propósito de la autora, el invaluable rol que ha tenido "la mujer chilena" bajo estas circunstancias y su consecuente protagonismo público.

El cuaderno está compuesto por catorce poemas y la reproducción escrita de una entrevista realizada por D.E. y L.R. a la autora durante 1987. El diseño y la

articulación de ambos componentes resulta muy sugerente, más si tomamos en cuenta la fuerte carga religiosa que exhiben los textos poéticos y si aplicamos una estrategia de acercamiento de esta índole, bastante pertinente para el caso.

La entrevista recorre todas las páginas de forma manuscrita, ocupando la parte superior de ellas; ahí cuenta Victoria los tiempos de su vida y las experiencias personales y colectivas que la constituyen. Y los poemas van emergiendo en la parte inferior de casi todas, en un lenguaje popular, conversacional, un habla sin prejuicios, desenvuelta, ágil, propia y consciente de su valer (“Te pido respeto, no soy una poeta / todo es simpleza de espíritu / el castellano huyó de mí hace tiempo / o tal vez nunca lo tuve / ignoro la rima la prosa lo lírico / o qué es un soneto / y nada sé del verso”, p. 27); en ellos se rescatan e imaginan los seres y los hechos más sentidos de esa historia vital y se los expresa de una manera ritual.

Podemos designar a la entrevista como el ‘testimonio’ y a los poemas como el cuerpo florecido de una ‘oración’. La disposición que presentan nos lleva a atribuirles imágenes que desarrollen su potencialidad gráfica: el testimonio funciona, en una tal comprensión, igual que la noche, encima, con su peso penetrante, doloroso y temido, correlato de existencia; la oración igual que las luces que cuesta ver arriba, abajo, con su elevación trabajosa y clamada (“Hoy ya no tengo ni voz / sólo una media vela / encendida / que con miedo deposito / en la vereda / que tontera pero, / brilla velita / para que no se apague / la vida”, p. 17), correlato de esperanza; desde esta perspectiva se revela, entre otras muchas cosas, el sentido luminoso que posee el ejercicio de la palabra en este libro, ya sea en cuanto memoria o en su apertura al éxtasis de la dimensión futuro.

La articulación de ese oscuro continuo —aunque no totalmente oscuro, por supuesto—, la historia de V. Aguilera, donde saltan a los ojos como malas estrellas la soledad, las penurias cotidianas, abandonos, marginación, agresiones, necesidades...; la interdependencia de esto con los poemas, donde reaparecen con nuevo signo y se consumen sus pasiones, su fe, sus amores, sus llantos, sus quejas, su conciencia..., otorga los trazos para visualizar el conjunto como una especie de capilla prefabricada, interior y colectivizada.

Dadas estas breves consideraciones, regresar al título completará lo expuesto.

Hacer de la noche día se convierte en una exacta síntesis del libro, en él observamos dos constantes que unifican todos los elementos restantes. En primer término, concentra una energía combativa que asume a través de los textos el carácter prioritario de una defensa, de una actitud rebelde, de un profundo y largo descontento y, por último, de una decidida vocación por lo que representa “día” aquí. Pero el trabajo de Victoria se ubica en lo previo a alcanzarlo, aunque logrando esto ya en el acto de esperarlo. En segundo término, el título implica una pregunta por un tipo de acción: ¿cómo?, ¿cuál es ese “hacer”?, ¿qué puede ser capaz de transformar “noche” en “día”?

¿Cómo? Los textos responden: velando. A este cuaderno de poesía poblacional subyace una práctica, la vigilia. Y la actividad de vigilar se define tanto por el peligro, el riesgo —cuyo referente final es la muerte—, como por la esperanza cumplida... Esto en un grado evidentemente tensional, resumido en el acto de esperar de la oración. Se trata de atender a lo que viene, superando las sorpresas, el acoso en que encierra la desconfianza, el dolor de no creer que enmudece.

El lector, invitado a esta vigilia, e involucrado en ella, en la medida que atiende la

apelación de su pertenencia a ese pueblo, se vuelve el celebrante de un oficio mientras va recitando los poemas de Victoria, con los cuales demuestra que escribir y leer son modos de velar por lo que más nos importa.

Este libro vigilante, celebratorio, tiene como centro de su sentido el 'canto' (de la vida...) que demanda su derecho de ciudadanía a la nación, en cuanto es una mujer y un gran sector del pueblo el sujeto que se expresa y pide respuesta, su derecho a ser amado, enaltecido, dignificado en su mismo lugar de residencia, pero además en el corazón de quienes escuchen este clamor. También, y en un aspecto más particular, es una demanda por el derecho de ciudadanía en el terreno de la literatura chilena.

Gratitud a Josefina.

Luis Correa Díaz

Alumno de Magstratura,
Depto. de Literatura de
la Universidad de Chile